

Por hacer a tu muerte compañía

Albert Villanueva



Círculo Rojo
EDITORIAL

A mi abuelo y mi padre. Ellos sí que lucharon durante su vida por una sociedad mejor que no sé si yo habré sabido conservar...

Yo nunca conocí a mi abuelo...

Nunca llegué a conocer a mi abuelo paterno. Había muerto muchos años antes de que yo naciera y siempre he creído que ese hecho ha marcado de alguna manera mi vida.

De mis abuelos maternos sí que pude disfrutar, al menos hasta mi adolescencia. Murieron muy seguidos, con solo un año de separación, cuando yo acababa de llegar a la mayoría de edad.

Pero la falta de mi abuelo paterno me dejó un vacío que nunca he sabido, ni podido, ni, muchas veces creo, querido llenar. ¿Qué hace que una niña de pocos años encuentre tanto a faltar a alguien al que no ha llegado a conocer? Me lo he estado preguntando durante toda mi vida. Y aún hoy me atormento muchas noches de soledad rememorando aquella infancia que no fue, aquellos cuentos que nunca me explicaron, aquellas confianzas que enmudecieron en mi interior. Noches de envidia, noches de desazón y lágrimas.

Nunca conocí a mi abuelo... Y esa falta ha esculpido mi personalidad, haciéndome una mujer difícil, complicada, inaccesible.

Yo nunca conocí a mi abuelo... Pero el dolor amargo por esa falta se clava salvajemente en mis entrañas cuando pienso que mi padre tampoco lo conoció...

Mi padre nació huérfano en una época difícil, y yo, años después, nacería huérfana de abuelo. Y esa orfandad compartida es la que nos ha hecho, a mi padre y a mí, tan parecidos, tan distintos, tan próximos, tan distantes...

Yo no llegué a conocer a mi abuelo, pero acabé modelando su imagen con el barro de los recuerdos de mi abuela. Ella me iba dando la

materia prima, y yo, cual meticulosa alfarera, iba creando en mi cabeza y en mi corazón mi propio mito.

Una vez escuché a alguien comentar que nosotros vivimos los sueños de nuestros abuelos. Y que nuestros nietos vivirán aquello que nosotros soñemos, aquello por lo que luchemos. Y yo sabía que mi abuelo había sido un luchador, un idealista, un defensor de las causas en las que creía. Y sabía que su lucha, como la de tantos otros en aquella época difícil y convulsa, me ha permitido a mí y a vosotros vivir en las condiciones actuales.

Soy una mujer de vacíos. Al vacío que me produjo tomar conciencia de que no conocería a mi abuelo, he ido añadiendo otros a lo largo de mi existencia. Esa oquedad primigenia se ha ido haciendo mayor conforme me pasaban por encima los años. Y ahora, sobrepasada la cincuentena, he llegado a un punto en el que no creo que pueda continuar acumulándolos. Estoy segura de que dentro de mí ya no hay órganos, ni vísceras. Soy solo una carcasa exterior. Una piel que envuelve una nebulosa. Y ya no puedo más. No necesito un psiquiatra. Ninguna terapia ha podido nunca curarme. Si quiero seguir adelante debo actuar conmigo misma como un taxidermista. Necesito rellenarme, aunque sea con resina, y dar volumen al espacio etéreo que he ido notando crecer en mi interior.

Nunca conocí a mi abuelo... Y ese fue el primer vacío. Y ojalá hubiera sido el último... Pero no. He tenido la curiosa virtud de hacer de mi vida un cúmulo de desatinos. Algunos por culpa mía, la mayoría; otros no buscados, pero igual de dolorosos.

Por eso me he decidido a escribir todo lo que descubrí hace ahora diez años. El ansia por saber me hizo adentrarme en una búsqueda sin norte. Mi anhelo por conocer a mi abuelo me llevó a percutir en un pasado que tal vez hubiera estado bien dejarlo como estaba. Mi deseo por llenar mis vacíos me llevó a donde nunca querría haber estado.

Pero no me arrepiento de nada, antes al contrario. Lo necesitaba y, ahora lo comprendo, el dolor me ayudó a curar las heridas. Porque hay verdades que duelen..., pero que acaban sanando y rehabilitando el alma.

La ausencia de mi abuelo me había acompañado desde que de niña tomé consciencia de la añoranza que me ahogaba. La ausencia de mi abuelo fue aquella calcomanía que una niña se puso un día en el brazo y que se acabó convirtiendo en tatuaje.

La muerte de mi abuelo, ahora sé que falaz y mentirosa, siempre me hizo compañía. Pero ahora soy yo, con todo lo que llegué a descubrir, quien hace compañía a la muerte de mi abuelo. Y desde entonces no hay semana en que no relea aquella *Elegía primera* que mi adorado Miguel Hernández dedicó al Lorca asesinado.

Por hacer a tu muerte compañía,
vienen poblando todos los rincones
del cielo y de la tierra bandadas de armonía,
relámpagos de azules vibraciones.
Crótalos granizados a montones,
batallones de flautas, panderos y gitanos,
ráfagas de abejorros y violines,
tormentas de guitarras y pianos,
irrupciones de trompas y clarines.

Pero el silencio puede más que tanto instrumento.

Silencioso, desierto, polvoriento
en la muerte desierta,
parece que tu lengua, que tu aliento,
los ha cerrado el golpe de una puerta.

Como si paseara con tu sombra,
paseo con la mía
por una tierra que el silencio alfombra,
que el ciprés apetece más sombría.

Se acabó la historia

Finales de 2006

Cuando me llegó la oferta, acababa de acumular otro desatino en mi vida. No sé cuántas muescas llevaba ya, pero creí que era el momento de tomar una decisión, de romper mi vida acomodada, de abandonar mi espacio vital. Y, por qué no, volver a mis orígenes.

Hacía doce años que estaba trabajando en la Universidad de Barcelona después de mi vuelta de París. Doce años explicando Historia del Siglo XIX a unos jóvenes que me miraban, cada vez más, como si fuera una extraterrestre. Doce años luchando por hacer comprender a chicos de veinte que la Historia debería enseñarnos a no cometer siempre los mismos errores, a no actuar siempre con la misma prepotencia o con la misma inconsciencia. Doce años durante los cuales me pregunté cientos de veces qué coño hacía y decía allí si yo era el ejemplo vivo de la persona que no atiende a la experiencia.

Por eso, cuando mi historia (en minúscula) con Enric se acabó, decidí que era el momento de dar portazo a muchas cosas. Esos tres años con Enric, él en su casa y yo en la mía, no me aportaron nada. Fue otra de mis relaciones extrañas, que empiezan por casualidad y continúan por inercia. Hasta que la inercia va perdiendo fuerza y ninguno de los dos hace nada por volver a impulsarla, como si ambos desearan que muriera. Y así fue. Murió. Y yo deseaba y necesitaba resucitar...

Gavà es una ciudad que hasta hace poco era pueblo. De poco más de cuarenta mil habitantes, a quince kilómetros de Barcelona y enclavada en la industrial comarca del Baix Llobregat, es también el lugar donde nací y el lugar del cual hui nada más acabar la carrera y cuando pude

rebelarme contra mi padre. Desde entonces, he vivido en París y Barcelona y en estos veintidós años apenas si habré estado cinco o seis veces en Gavà. Abandoné familia, amigos y costumbres y años después solo había recuperado a mi madre y a mi padre. Y más por sus esfuerzos que no por mi interés.

Pero cuando le dije a Enric que lo nuestro se acababa, que por fin había reunido el valor para convencerme del engaño de una relación que no nos conducía a ningún sitio, aproveché para comentarle que iba a pedir una excedencia. No pudo disimular una sonrisa de autosuficiencia y, aunque me deseó suerte, al final no pudo evitar comentarme que ya era mayorcita para montar numeritos. No entendió que la excedencia no solo se refería a mi trabajo en la universidad.

Creo que Enric sigue creyendo que la espoleta que hizo explotar nuestra relación fue su última aventura con una de sus alumnas de Historia Medieval. No tiene remedio. Siempre seguirá creyendo que él es el centro del universo, que todo gira a su alrededor, lo bueno y lo malo. Y no, no decidí acabar lo nuestro al enterarme de su lío con aquella chica. Creo que decidí romper con él una semana después de enrollarnos. Y habían pasado tres años... Tres años en los que todo me era igual, en los cuales no me importaron sus infidelidades ni sus zalamerías conmigo. No me hacía daño porque no había nada profundo entre nosotros. Era la inercia lo que nos mantenía juntos, aunque parecíamos Woody Allen y Mia Farrow viviendo cada uno en su apartamento.

Cuando llegó a mis manos la convocatoria de una oposición para dirigir el Centro de Historia de la Ciudad de Gavà, vi el cielo abierto. Era mi oportunidad. La oportunidad de dar un portazo a mi vida presente y volver a mis orígenes. De pronto apareció ante mí la excusa perfecta para dar el paso que me negué durante los tres últimos años. Iba a dejar a un lado a Enric, la universidad y mi vida en la capital.

El Centro de Historia dependía del Instituto Municipal de Gestión del Patrimonio Cultural y Natural del Ayuntamiento de Gavà. Había sido inaugurado hacía dos años y ahora buscaba un director. Pero iba a ser una directora, pues estaba segura de que la plaza sería mía.

El Centro de Historia se creó con un primer objetivo, que era convertirlo en el depositario de la memoria colectiva de los gavanenses. A través de él se pretendía poner al alcance de los ciudadanos la historia de la ciudad, de manera que todos pudieran ver las transformaciones y los cambios que Gavà había experimentado con el paso de los años. Por

otro lado, el ayuntamiento también pretendía que el Centro de Historia le facilitara cualquier antecedente que le pudiera ser útil a la hora de la tramitación de asuntos administrativos.

Y así fue como yo, Julia Rovira, la *Blaueta*, con casi cuarenta y cinco años y después de veintidós viviendo fuera, volvía a una ciudad que ya no era mi pueblo, a unas calles que me costaba reconocer, a unas caras que el tiempo había alejado. Mi exilio se había acabado y comenzaba mi redescubrimiento de aquellos espacios que un día fueron míos.

En aquellos momentos, no sabía que aquella vuelta a mis orígenes me iba a redimir de mis vacíos, de mis angustias y de mi pasado. No sabía que aquella vuelta a mis calles me iba a acercar a las mejores épocas de mi vida, mi infancia y mi juventud. No sabía que aquella vuelta a casa acabaría por romperme el corazón.

Había comenzado a recuperar mi pasado

Segunda semana de enero de 2007

La pija *rockera*. Así me llamaban mis compañeros de clase durante el bachillerato. De las dos palabras, estaba claro que era la primera la que me hería. En aquella época vestía siempre con camisetas oscuras solo coloreadas con los logotipos de los grupos que seguía. No era una cría pija... Yo no creía que fuera una cría pija... Pero ser hija única y tener unos padres empresarios tal vez sí que me hacían serlo a los ojos de los demás.

Ahora, con mis cuarenta y cinco encima, estaba claro que sí que era una pija cuarentona. Había cambiado mis camisetas negras por ropa de marca, tenía un sueldo exorbitante para una mujer sin familia a su cargo y no me privaba de caprichos de todo tipo. Y encima, mis padres habían estado siempre apoyándome económicamente a pesar de mi huida y de mi desprecio. Mi altivez y menosprecio no habían menguado el cariño que siempre me mostraron mis progenitores. Siempre parecieron no querer captar mi desdén y mis desaires. O, al menos, no les afectó.

Así que no me extrañó que, en cuanto les comuniqué que volvía a Gavà, rápidamente pusieran a mi disposición uno de los pisos que habían tenido alquilado hasta hacía pocos meses. Otra vez la niña mimada lo tenía todo demasiado fácil. Pero cosas como esa, que fueron las que me hicieron huir años atrás, ahora parecía aceptarlas sin ningún problema.

Y así fue como me instalé en un coqueto piso de dos habitaciones en una de las mejores zonas de la ciudad. Una ático con terraza en plena Illa Peatonal, aunque para mí seguía siendo mi añorada calle San Pedro.

Volvía al pueblo, volvía al barrio de mi infancia, volvía a mis vivencias más añoradas y felices. Pero todo era diferente. Pero nada era igual. Yo tampoco.

Entré caminado desde la Rambla a la zona peatonal. En mi iPod, Neil Young rasgaba su acústica mientras entonaba los primeros versos de *Star of Bethlehem*:

No es difícil
cuando despiertas
por la mañana
y descubres
que esos otros días
¿se fueron?
Todo lo que tú tienes
son recuerdos de felicidad.

No sé si era así. Pisaba territorios mil veces recorridos, pero tal vez solo quedaran recuerdos anclados en las baldosas. ¿Se perdieron todos aquellos días en el lugar donde se desvanece la memoria? El contacto con aquel suelo me retrotraía a mi juventud, a mis mundos, a mi ser. A la única época en la que fui verdaderamente yo. Aquellos años en los que me emborrachaba de libertad, de música, de vida.

Las pocas veces que había pasado por Gavà en los últimos veintidós años no había notado nada. Eran viajes de ida y vuelta, viajes sin esperanza, viajes de compromiso...

Ahora era diferente. Volvía para quedarme, para rescatarme, para redimirme. Y el aire de aquel mediodía de enero me recibió ávido de suspiros. Porque a cada paso que daba estaba más cerca de mi pasado. Cada persona con la que me cruzaba parecía decirme «adelante, pasa, recupera lo que es tuyo». Y un puño parecía apretarme el estómago para dejarme claro que no iba a ser fácil. Sentía un dolor en mi pecho, en mi alma, en mi ayer.

Llegué a la plaza Mayor, la de mis juegos de niña, la que guarda la piel de mis rodillas rascadas, la que custodia mis gritos y mis canciones. No me resistí a la llamada de la fuente donde saciaba mi sed de protesta, mis ganas de ser mayor. El sabor a cloro de aquella agua parecía empeñado en dejarme claro que nada era ya igual, que el agua de mi infancia había sido tratada con productos químicos que matan la nostalgia.

Los últimos clientes del mercado municipal se llevaban de las paradas el olor de la fruta, del pescado, de la mañana. Y me parecía oír aquel «*Blaueta*, toma este arenque para tu padre». Y me parecía ver aquella

mirada amable del señor Frederic, que era pescadero pero tenía nombre de poeta, porque cuando decía los nombres de los pescados que vendía parecía estar haciendo una oda al Mediterráneo. Y eso adormecía tu olfato para que no notaras la profundidad de la sal, de las escamas, de las vísceras que reposaban en el cubo de los desechos.

Así estuve diez minutos clavada en la plaza, hasta que me di cuenta de que mis ojos habían quedado orientados hacia la calle que venía a morir a ella. La calle. Mi calle. El portal de mis promesas. La puerta de mis confidencias. La casa de mi infancia.

Y entonces me giré, crucé la plaza y continué caminando. Sobre mi cabeza permanecían colgadas las luces y los adornos navideños. Allí estaban, olvidados después de las fiestas. Allí estaban, olvidados después de habernos estimulado a la solidaridad, la paz y el consumismo. Allí estaban, para recordarnos cómo habíamos sido de felices durante unos pocos días.

Unos cuantos pasos más y llegué a mi nuevo hogar. Tan solo a poco más de cien metros de mi casa natal. Tan solo a un suspiro de la casa de mis padres.

Ya había llegado la mudanza. Mi vida empaquetada en cajas de cartón. Mi vida reducida a unos cuantos bultos. Mis discos, mis libros y mis fotos. Poca cosa más. Incluso dejé tirada buena parte de mi ropa. Si tenía que recomenzar, prefería hacerlo desde cero.

Dediqué los siguientes cuatro días a deshacer paquetes y dejar en orden la casa que iba a recoger mi soledad a partir de entonces. Cuatro días en los que no pisé la calle. Cuatro días en los que sobreviví gracias a la nevera que se había encargado de llenar mi madre. Cuatro días emborrachada de recuerdos y de miedos.

Fueron cuatro días en que viví encerrada, sin siquiera notar el aire del exterior. El oxígeno puro solo me llegaba a través de la música que ponía en mi cadena de alta fidelidad mientras colocaba mis recuerdos en las repisas. Y cada uno de esos cuatro días canté a pleno pulmón *Rose of Cimarron*, de aquel grupo que se llamaba Poco y que llevó sus armonías vocales y su sonido *slide* a la cumbre del *country-rock* antes de que los Eagles se hicieran mundialmente famosos. Me desgañité imitando aquellos falsetes en los momentos álgidos de esos casi siete minutos de maravilla. Era imposible escucharla solo una vez y, cada vez que sonaba, sentía la necesidad de volver a ponerla. Porque «los días polvoriento se han ido...», o eso me creía yo.

Rueda, sigue tu curso,
Rosa de Cimarrón.
Los días polvorientos se han ido,
Rosa de Cimarrón.

Senderos que te llevaron a casa
ecos de nombres que conocías,
cuatro días largos y solitarios
viniendo solo para ti.
Eres a quien recurrirían,
la única que sabían que lo haría.
lo mejor que pudo hacer para estar cerca
cuando las fichas fueron jugadas.

Y al quinto día me decidí a salir a la calle y enfrentarme no a lo desconocido, sino, mucho peor, a lo conocido...

Me levanté tarde, me duché, leí un rato y salí a comer. A los diez metros de la puerta de mi casa me encontré con un restaurante que, evidentemente, no conocía. En realidad, todo era nuevo para mí. Aquella calle donde ahora vivía, yo la había conocido con coches transitándola, como la arteria central que era entonces. Aún me sorprendía verla tomada por los transeúntes, que habían exiliado a los automóviles lejos de ella.

Sin pensármelo mucho, entré en el restaurante con la sola idea de acabar cuanto antes y volver a mi refugio hogareño. Tras pasar una larga entrada con una barra lateral, accedí al comedor. Y entonces me di cuenta de que posiblemente esa casa la había conocido. Los muros de piedra, con la rugosidad que dan los años, me decían que aquel local guardaba recuerdos de familia. Estaba segura de que el roce de aquellas paredes me explicaría historias vividas en otras épocas. Y la chimenea del fondo me trajo la imagen de un abuelo explicando leyendas remotas a sus nietos. Sí, un abuelo como el que yo no tuve. Un abuelo rebotante de historias, de vivencias, de arrugas. Un abuelo dulce con sus nietos y áspero con su pasado.

Miré la carta, me decidí rápidamente y recité mi elección al *maitre* sin levantar la vista de la mesa. Solo escuché un «buena elección» al que no hice caso y al que tuve que dar la razón después.

Las habitas salteadas con chipirones y una vinagreta de gambas estaban sencillamente espectaculares. La copa de cava con la que las

acompañé las convertía en todo un lujo. Los sabores del campo y del mar conjugaban exquisitamente, y mucho más después de cuatro días malcomiendo en casa.

Mientras me traían el segundo plato me percaté de la suave música que sonaba en el local. Y esa fue otra de las gratas sorpresas. Para una devota de la música de los setenta, aquellos temas que se intuían entre los sonidos de los cubiertos y las suaves conversaciones que se escapaban de las mesas eran todo un placer. Veía que había acertado a la hora de entrar en aquel restaurante aunque lo hubiera hecho por inercia y dejándome llevar por mi desidia.

La lubina a la brasa fue un obsequio para mis sentidos. El aderezo del ajo, la cebolla y el pimentón combinaba excelentemente con el suave sabor de ese pescado ligero y tierno.

Pero la sorpresa mayor, una vez el olfato y el gusto habían quedado colmados, me la llevé cuando esperaba el café y el local se había vaciado casi por completo. La música subió ligeramente de volumen y reconocí claramente una de mis canciones preferidas: *Perfect day*. La voz dolorida y grave de Lou Reed ponía el broche perfecto a la comida.

—Aquí tienes tu café, *Blaueta*. ¿O prefieres que te llame Julia?

Es un día perfecto,
nadie hace caso de los problemas.
Pasando el fin de semana solos
es tan divertido.
Es un día perfecto,
me has hecho olvidarme de mí mismo.
Creí que era otra persona,
una buena persona.

Había comenzado a recuperar mi pasado.

Acercándose a Villa Carmen *Inicios de 1920*

Martí Rovira cumplía diecisiete años aquella desapacible mañana de Reyes. Gavà se había despertado cubierto de nubes y la casa estaba helada. La chimenea calentaba el comedor de la planta baja, pero las habitaciones, situadas en el primer piso, mantenían el frío de la noche. Martí aún tenía presente la humedad que notó en las sábanas cuando se metió en la cama que compartía con su hermano Benet. Una humedad dolorosa que adormecía las ilusiones.

Benet era ya todo un hombre con sus diecinueve años, y Martí lo adoraba y lo escuchaba como a un maestro de escuela. Era su ídolo, un modelo a seguir y al que siempre creía. Por eso no se enfadó cuando este lo despertó dándole golpes en la espalda.

—¡Venga, *nano!* Despierta, que es tu cumpleaños y hay que aprovechar el día...

—Joder, ¡qué frío que hace! —se desperezó Martí—. Pásame los pantalones y vamos a la cocina. Allí se estará más caliente. Y tengo un hambre...

La vivienda era grande pero pobre, como la vida, como la esperanza. Hecha de aquella pobreza que solo da la dignidad, construida con los retales robados a los años. La habían levantado sus abuelos y sus padres poca cosa podían hacer más que intentar que las paredes se mantuvieran erguidas. Una casa humilde, como todas las de aquella calle San Nicasio, sencilla, sin balcones, de fachada blanca y de la que emanaba la integridad de toda una existencia.

En la planta baja estaban la cocina y el comedor, que tenía salida a la parte trasera, donde estaba el establo, el corral y el patio. El establo

guardaba el carro y el macho que ayudaban al padre de Martí a arrastrar su existencia, a llevar a casa lo que sacaba del trozo de campo que tenía en las afueras del pueblo. El corral era el palacio de la casa, porque allí la madre cuidaba de gallinas, pollos, conejos y un cerdo. Aquellos animales eran mirados con deseo por todos los miembros de la familia, ya que los pollos y los conejos solo se comían en día de fiesta... Y el cerdo era banquete futuro a partir del momento de la matanza.

En el patio estaba el pozo y el lavadero. Del pozo se sacaba el agua para el aseo personal, para limpiar y para fregar la ropa, pero no era buena ni para beber ni para cocinar. Para eso había que ir a la fuente. Y ese era el trabajo que tenía asignado Carme, la hermana pequeña de Martí. Ella era la que iba y venía acarreando los cubos, así que con sus doce años parecía tener mucha más fuerza que sus hermanos.

Cuando entraron en la cocina, vieron a su madre llegar del corral con unos cuantos huevos envueltos en el delantal. Los dejó en una repisa y fue hacia Martí abrazándolo por la espalda, dándole besos en la nuca y diciéndole:

—Ay, *Blauet*, ¡qué grande te me estás haciendo!

No era la única que llamaba *Blauet* a Martí. De hecho, todos en el pueblo le llamaban así. Y es que sus ojos eran de un azul luminoso, un azul como el de las mañanas de agosto, un azul en el que se podía ver el futuro.

Después de desayunar, Benet y Martí salieron a pasear aprovechando que era fiesta y no tenían obligaciones. Su casa estaba a pocos pasos de la calle Sant Pere, la verdadera arteria viva del pueblo y siempre la más concurrida. No era extraño que muchas familias que trabajaban el campo vendieran en su portal los productos que no llevaban al Borne y poco a poco había ido creciendo el número de comercios abiertos en aquella calle. Los hermanos Rovira saludaron a la dueña de Cal Ratolí que, en el balcón, se ocupaba de cambiar la rama de pino que tenía allí colocada. Aquella era la señal que indicaba que en su establecimiento, además de comestibles, se vendía vino y carbón.

En el edificio del ayuntamiento, en la esquina con la calle Cap de Creus, ondeaba la bandera de un largo mástil inclinado que llegaba hasta la mitad de la calle. Unos niños jugaban alegres con la sombra de la *senyera* que bailaba agitada por el suave viento que soplabla aquella mañana.

Fueron caminando por el Carrer Nou hasta la Rambla, la vía que marcaba los límites del pueblo. Más allá solo había campos. Sus padres

les habían explicado muchas veces que se había construido hacía treinta años, en los años en que el ferrocarril llegó al pueblo. Era un paseo de veinte metros de ancho que unía el Carrer Nou con la estación y que, aunque poco transitado, a los dos hermanos les gustaba recorrer. Les encantaba hablar mientras pateaban aquel suelo de tierra con plátanos a lado y lado. A Martí siempre le agradaba comentar cómo iba engordando con el paso del tiempo el tronco de aquellos árboles.

—Llegará un día en que este paseo será la esencia de nuestro pueblo —dijo Martí mirando las recias ramas de los árboles—. Aunque ahora hay poca gente y es solo de paso para ir a la estación, verás como será una de las vías imponentes de Gavà. ¡Estos árboles son preciosos!

—Sí, Martí —contestó Benet. Y todo gracias a los Lluch, los Vayreda y los Carreres. Después hay gente que aún los critica. Es pura envidia.

Esas eran tres de las familias ricas de Gavà, algunos de los hacendados que años atrás habían cedido tierras para abrir el vial que uniría la estación con el pueblo. A cambio, habían pedido al ayuntamiento que reforzara el muro que protegía la riera de Sant Llorenç, que giraba bruscamente al llegar al Carrer Nou.

—Los pobres nos metemos con ellos por rencor. No soportamos ver a gente que vive mejor que nosotros —continuaba Benet de manera encendida—. Y no queremos ver todo lo que han hecho por el pueblo. Somos unos desagradecidos.

—Tú, no, Benet... Tú siempre dices que son buena gente y que el pueblo está creciendo y avanzando gracias a ellos...

—Pues claro que sí, *Blauet*. Fíjate en todo lo que han hecho el señor Girona, el señor Lluch y el señor Costa. ¿Crees que Gavà sería igual sin ellos?

—Claro que no. Pero no me vengas con historias: a cambio de algo lo deben haber hecho. El rico siempre busca beneficio en sus actos. De una u otra manera, estarán sacando rédito a sus actuaciones.

—Mira el señor Salvador Lluch cómo permitió abrir algunas calles en terrenos que eran de su propiedad...

—Sí, claro... ¿Y quién se ha ido a vivir a aquella zona? ¿Quieres decirme quién se ha hecho casa nueva en la plaza de al lado de su finca? Los nuevos ricos. ¿Dónde han ido a parar los mendigos que buscaban cobijo en los porches de esa plaza? Benet, el dinero llama al dinero. Esa zona ahora es de prestigio. Vivir al lado de la familia Lluch distingue al rico y repudia al pobre.

—Va, Martí... No seas revolucionario. Lo que tendrías que hacer es ir a pedir trabajo al señor Costa. Ya habrás oído por el pueblo que está haciendo una obra gigantesca en Villa Carmen.

—No sería mala idea... Yo no quiero hacer de *pagès*. Me encanta el campo, respirar la tierra y las verduras que crecen en él, pero no me gusta ese trabajo. No quiero ser como nuestro padre: un esclavo de la tierra. Necesito vivir otra vida. El campo ya lo sufrimos en casa, Benet.

—¿Volvemos a casa dando la vuelta por Can Costa? —preguntó Benet parándose en mitad de la Rambla—. Con un poco de suerte vemos a algún jardinero y le podemos preguntar por las obras.

—De acuerdo —contestó Martí, cogiendo por los hombros a su hermano—. Vamos a ver *La dentetes*...

El señor Costa llevaba poco más de veinte años en Gavà, pero su huella ya era bien visible y se había convertido en uno de los prohombres del pueblo.

Artur Costa era barcelonés y de familia rica. Su abuelo y su padre habían sido dependientes de comercio. El nombre de esa profesión dice muy poco de una actividad que, básicamente, consistía en adaptarse a los tiempos que corrieran para comerciar con aquello que diera el máximo beneficio posible. Había que ser listo, tener contactos y trabajar mucho. Pero, si se movían bien los hilos, el dinero llegaba en grandes cantidades. Y de eso siempre había sabido mucho la familia Costa.

Los antepasados de Costa se habían dedicado al carbón. En una Cataluña en pleno proceso de industrialización, ya se había visto que mover las grandes máquinas de vapor con carbón era muy costoso. Cataluña no disponía de ese mineral y lo tenía que importar desde Gran Bretaña. Estaba claro que eso encarecía en gran manera el precio, pero aunque muchas de las industrias funcionaban con energía hidráulica y después con electricidad, al puerto de Barcelona continuaban llegando barcos repletos del negro mineral. Aunque el carbón ya no era utilizado por la industria, sí que era imprescindible para los servicios que giraban a su alrededor: era el combustible con el que funcionaba el ferrocarril y el transporte marítimo, además de las fábricas de gas.

Así que Artur Costa continuaba con el negocio inaugurado por su abuelo. Propietario de diversos barcos, abastecía a Catalana de Gas y eso permitía que su posición fuera cada vez más acomodada. Pero, de todas maneras, fue durante la Gran Guerra cuando amasó su gran fortuna.

Durante la contienda utilizó sus barcos para abastecer a los países aliados. Ante la escasez de alimentos y de productos de primera necesidad, los fabricantes ganaban ingentes sumas de dinero con contratos para venderlos en el extranjero. Y Costa disponía de barcos para hacer el traslado. El negocio estaba claro.

La guerra había acabado hacía cuatro años, pero por Barcelona aún corrían los rumores de que Costa se había dedicado al contrabando de armas. No hubiera sido extraño, ya que en tiempos convulsos los más sagaces sabían siempre comerciar con lo más buscado y necesitado.

Así que, joven y con dinero, Artur Costa siguió la costumbre de todos los burgueses de aquella época: comprar fincas rústicas y urbanas. Y con esa idea llegó a Gavà en 1898, después de buscar durante tres años una parcela por la comarca donde construir una torre señorial. No reparó en gastos y contrató como arquitecto a Joan Martorell, que había sido profesor del ya por entonces reputado Antoni Gaudí.

En honor a su madre, la finca recibió el nombre de Villa Carmen. Se trataba de una majestuosa residencia de planta cuadrada y de estilo neoclásico situada a las afueras del pueblo. La puerta de entrada a la mansión estaba ubicada en una torre que dividía a lado y lado el edificio. En la primera planta destacaban tres balcones con arcos deprimidos cóncavos en los dinteles. La torre central, que sobresalía por encima de la planta de las buhardillas, tenía tres ventanas altas con arcos de medio punto antes de acabar en unas almenas. La fachada era de obra vista, con decoraciones dentadas de piedra en los bordes y en las zonas de balcones y ventanas. Por eso entre los habitantes del pueblo, el palacete recibía el nombre de *La dentetes*.

Benet y Martí abandonaron la Rambla cuando llegaron al Camí Ral y tomaron camino hacia la Riera de les Parets. Caminando a buen ritmo, no tardarían ni diez minutos. Y ciertamente que lo hacían, pues Benet parecía entusiasmado con la idea de conseguir que su hermano tuviera la oportunidad de trabajar en la finca de los Costa.

—¿Te imaginas que te contrate el señor Costa? —comentaba Benet—. Podrías ver cada día a Mercè, la chica más guapa de Gavà.

—¿Quién es esa Mercè? —preguntó Martí deteniendo su caminar.

—Va, no te pares ahora, Martí. Camina y te explico quién es esa chica.

—Parece que tienes muchas ganas de hablar de ella, ¿no?

Intentado disimular el rubor que le asaltaba la cara, Benet incrementó el ritmo de sus pasos mientras continuaba hablando.

—Mercè es la hija del señor Costa. Bueno, en realidad es una hija natural que se comenta que tuvo con una *vedette*. Su primera esposa, Sofía, no le dio ningún hijo. Era catorce años más joven que Costa y vivía en Burdeos.

—¿No era su sobrina? —preguntó Martí.

—Sí, Martí —respondió Benet—. Sofía era la sobrina del señor Costa. Y solo tenía dieciocho años cuando se casó con él y la trajo a Villa Carmen. Ya me dirás, una joven casada con un hombre de treinta y pocos... Pero es que, además, se ve que él no la trataba excesivamente bien, ya que decía que tenía facilidad para aumentar de peso. De hecho, corre el rumor de que más de un jardinero escuchó cómo se refería a ella como *La Grassa*.

—En la plaza escuché un día que alguien comentaba que, desde la boda, dormían en habitaciones separadas —comentó Martí—. Pobre chica, ¿no?

—La cuestión es que no se acostumbró a vivir sola en un pueblo como Gavà, donde prácticamente no tenía relación con nadie y donde un marido mayor que ella la ultrajaba siempre que podía.

—Hasta que se cansó y se largó...

—Así es, Martí. Lo que explica el servicio es que un día se fugó con el chófer del señor Costa, que por lo que se ve estaba enamorado de ella. Y creo que a Costa no le importó demasiado.

—No creo que le importara mucho, porque no le costó demasiado tiempo encontrar un recambio —comentó Martí, que había estado escuchando atentamente a su hermano.

—No, la verdad es que no... Pronto encontró una nueva compañera. Es la hija del carabinero que está destinado en nuestro pueblo. Según parece son de Navarra. Y esta sí que le va a dar hijos a Costa... La señora Cándida está a punto de dar a luz.

—Muy bien, pero ¿qué pasa con Mercè? —preguntó Martí.

—Pobre chica... Los dos primeros años de su vida los pasó en un hospicio... Pero eso no ha evitado que se convierta en una mujer bellísima.

—Benet, ¿no será cierto lo que me estoy imaginando? ¡Ella tiene veinte años y tú acabas de cumplir los diecinueve!

La cara de Benet era ya incapaz de enmascarar el sonrojo y la turbación. Notaba como la sudoración cubría todos los poros de su piel.

—Además, Benet, por si lo has olvidado: ella es la hija del señor Costa. Y tú eres un pobre desgraciado que duerme en la misma cama que su hermano pequeño...

—Va, no digas más tonterías, Martí, que ya hemos llegado.

Efectivamente, los dos hermanos estaban parados ante la entrada de Villa Carmen. Una fila de plátanos, a lado y lado, señalaba el camino hasta la torre. Pero los dos muchachos parecían tener clavados los pies en la tierra rojiza. A menos de medio metro de la reja, el mundo parecía haberse detenido por completo. Ninguno de los dos hablaba, ninguno de los dos apartaba la vista del palacete que se erguía a menos de treinta metros, ninguno de los dos parecía respirar.

Una voz recia y arrugada los sacó de su ensimismamiento.

—Chicos, ¿qué hacéis ahí? ¿Buscáis algo?

El que les hablaba debía ser uno de los jardineros de la finca. La manguera y las tijeras de podar que llevaba en sus manos no dejaban lugar a dudas. En esa casa no se descansaba nunca. O mejor dicho, en esa casa no descansaban nunca los empleados.

—Perdone, señor —empezó a hablar Benet—. Veníamos a preguntar por las obras. Queríamos saber si hay trabajo para mi hermano.

—Trabajo no falta y operarios no sobran. Si vienes mañana a las siete, seguro que algo encontraremos para ti. Búscame y te presentaré al capataz.

—No es para mí, señor —respondió Benet—. Es para mi hermano.

—¿Y quién es tu hermano? ¿Este chavalín?

Martí asintió con la cabeza mientras mantenía la cabeza agachada, mirando al suelo. Sentía vergüenza de mirar al jardinero a través de la reja.

—¿Muy joven es, no? Pero si tiene ganas de trabajar, no tendrá problemas.

Y sin esperar respuesta ni decir una palabra más, empezó a caminar en dirección a la casa arrastrando los pies como si llevara encima todos los años del mundo.

—¡Gracias, señor! —se apresuró a gritar Martí mientras le daba una palmada en la espalda a su hermano y giraba en el aire emocionado. Y dando saltos emprendió el regreso hacia casa. Pero cuando se dio cuenta, Benet no estaba a su lado. Miró hacia atrás y vio que su hermano no se había movido del sitio.

Retrocedió hasta la verja y miró a su hermano, que ni había notado que había regresado. Siguió la mirada de Benet, que se perdía más allá de la reja de entrada de la finca, y entonces la vio. Estaba sentada en un banco en mitad del camino hacia la torre. Tenía unas flores entre las

manos y parecía pensativa, triste, desvalida. Esa debía ser Mercè, la hija del señor Costa.

—Hostia, Benet. ¿Tú te estás quedando tonto o me lo parece a mí? —dijo en voz baja acercando su boca a la oreja de su hermano—. ¿Quieres hacer el favor de despertar? Yo me vuelvo a casa.

Benet regresó de su ensimismamiento y, antes de dar alcance a Martí, que andaba cuatro o cinco pasos por delante, no pudo evitar volver la vista atrás. Y en ese momento, Mercè pareció mirarle, o eso fue lo que quiso creer Benet.